

CALDERÓN Y LA CULTURA GRIEGA

HANS FLASCHE
Universidad de Hamburgo

Tenemos a nuestra disposición una cantidad considerable de estudios relativos a la función de la mitología griega en las obras de Calderón. Pero hasta hoy no estamos en condiciones de formarnos un juicio sobre sus conocimientos de la cultura griega por lo que se refiere a la literatura y a la lengua. Es por esta razón que emprendemos la tarea de ampliar nuestros conocimientos respecto a estos dos vastos sectores, arriba mencionados. En un principio tuve la intención de analizar los intentos etimológicos de Calderón, la intercalación de nombres de personajes griegos en sus piezas teatrales, la habilidad calderoniana para entretener nombres de lugares y de regiones, la interpretación de nombres de dioses griegos y finalmente la explicación de los nombres incluidos en los mitos utilizados en las obras dramáticas del genio del Siglo de Oro. Después de haber examinado una serie de cuestiones que aparecen frecuentemente en las diferentes facetas de los cinco problemas apuntados, mi programa resultó demasiado voluminoso.

Por consiguiente tomé la resolución de reducir el trabajo a ciertas consideraciones etimológicas que aparecen frecuentemente en los autos sacramentales.

Antes de comenzar las investigaciones en cuestión es absolutamente necesario prestar atención a la educación del maestro español respecto al tema que vamos a tratar. Aunque nuestros conocimientos sean todavía fragmentarios, es lícito atrevernos a hacer una serie de afirmaciones que se basan en hechos históricamente asegurados. Sabemos que Calderón frecuentó durante cinco años el Colegio Imperial de los jesuitas en Madrid. Por lo tanto pudo servirse hasta los 14 años de edad de un libro que contenía en la segunda parte textos en lengua griega, por ejemplo las oraciones de cada día. El título de este libro reza así: «*Sylvae illustrium autorum...selecti...per patrem Cosman Magallanum. Martiti 1598.*» El calderonista alemán Margraff escribe en un estudio importante,

publicado en 1911, que los alumnos del Colegio Imperial llegaron a leer los escritos de San Juan Crisóstomo. En 1614 comenzó estudios en Alcalá de Henares. En 1615 se matriculó en la Universidad de Salamanca para estudiar Teología y Derecho Canónico. Allí estuvo hasta 1619. Según la convicción muy acertada de investigadores de todo punto competentes (por ejemplo Cotarelo y Mori) es muy probable que el joven Calderón haya leído (aparte de los textos del autor griego ya mencionado) otros escritos griegos, por ejemplo tratados de Teodoreto (* 393) y de Gregorio Nacianceno (* 330). Es sin duda sumamente difícil indicar con precisión el grado de conocimiento de la lengua griega alcanzado por Calderón durante esta época de estudio. De todas formas, es aconsejable aprobar la opinión de Cotarelo y Mori. Dice este calderonista que las obras del maestro del Siglo de Oro contienen fragmentos y frases sacados de autores griegos. Además de esto, podemos afirmar que, a pesar de no tener una seguridad absoluta sobre sus conocimientos del griego, las observaciones sumamente numerosas que hace en sus obras sobre la lengua y la literatura griegas permiten reconocer sin reserva alguna una gran predilección de nuestro autor por esta lengua de cultura.

Sin embargo hay que reconocer que los intentos etimológicos calderonianos, realizados sin duda alguna gracias a una profunda simpatía por el helenismo, revelan muchas veces tendencias marcadamente caprichosas. Estas tendencias se encuentran también frecuentemente en muchos autores del siglo XVII. No obstante, es necesario mencionar y recalcar que Calderón consultó para sus observaciones el *Thesaurus Linguae Graecae* publicado en Lyon en 1572. Esta obra fundamental, que comprende cinco volúmenes fue compuesta por Henricus Stephanus (1528-1598).

El corpus de mi exposición abarca las reflexiones etimológicas de Calderón en veinte autos sacramentales. Ordenamos los autos cronológicamente según los resultados de investigación más modernos.

Ya en el auto *El Nuevo Palacio del Retiro* (1634) encontramos una explicación aparentemente examinada con gran deleite por el autor. Explica Calderón el nombre de Felipe diciendo que la persona llamada así es caracterizada como «domador de fieras». El lingüista moderno que interpreta el nombre propio en cuestión ve inmediatamente que la base griega está integrada por ο, η ιπποζ (el caballo) and φιλος (el amigo). Aunque la interpretación dada por el dramaturgo siga una dirección diferente, es lícito afirmar que la domesticación expresada por la traducción calderoniana («domador de fieras») presupone un domar por amor al animal. Tendremos que ocuparnos, sin embargo, del nombre de Felipe al referimos a otras piezas dramáticas calderonianas.

El auto sacramental *Los Encantos de la Culpa*, analizado por nosotros en otro trabajo bajo diversas perspectivas, demuestra que Calderón incluyó en su obra dramática elementos de cultura griega desde el comienzo mismo de su actividad literaria. Podemos sostener que el conocimiento de la lengua griega, por

fragmentario que fuera, influyó en su creación dramática ya desde las piezas de la Primera época. El hombre que actúa en el auto *Los encantos de la culpa* se llama Ulises. Dice de él refiriéndose a su nombre: «...Ulises me he nombrado,/ que en griego decir quiere/ cauteloso...». En primer lugar hay que señalar que el autor de los autos sacramentales se sirve de esta expresión «en griego decir quiere» muy a menudo cuando se refiere a sus tentativas etimológicas. En cuanto a la interpretación del nombre en cuestión, recordamos que el héroe de la Odisea aparece en la epopeya de Homero y en los autores romanos que se refieren a ella (es decir Plauto, Virgilio y Ovidio) como una persona valiente, llena de astucia. En la colección famosa de fábulas compuesta por Higino (63-17) hallamos una caracterización semejante. Realmente es sumamente difícil emitir un juicio seguro sobre un asunto tan complicado como el conocimiento de los textos de Homero por parte de Calderón. Es posible que un autor del siglo XVII —y por tanto Calderón— haya leído por lo menos algunos trozos de la epopeya homérica. De todas formas la dificultad del problema reside en el hecho de que Calderón se refiere varias veces al sentido griego del nombre del héroe. Lo hace también en el pasaje que contiene palabras de la figura alegórica La Culpa: «...el valiente Ulises/ —que quiere decir en griego/ “hombre ingenioso” (que al fin/ no hay sin cautelas ingenio)». Debemos recalcar, sin embargo, que la explicación dada por Calderón sólo puede hacer referencia al héroe del auto, ya que la etimología filológica del nombre siempre ha sido muy discutida por los especialistas. Para dar una idea de esta dificultad mencionaremos únicamente que una de las bases imaginables para la formación del nombre del héroe griego es el verbo οδυσσεοθάν («estar enojado, encolerizado»). En el auto sacramental *Los encantos de la culpa*, Calderón se sirve otra vez de la fórmula etimológica citada (por decirlo así) cuando dice de Circe «...quiere decir en griego/ maleficia hechicera». En este caso, los lingüistas se encuentran en una situación todavía más desfavorable que en la tentativa de interpretar el nombre del héroe masculino. En la *Odisea*, y más tarde en las obras de Ovidio, Circe es una hechicera. Pero, hasta la fecha, no ha sido posible explicar el sentido del nombre de Circe.

En el auto sacramental *Psiquis y Cupido*, representado en Toledo, Calderón hace de nuevo referencia a la lengua griega por medio de unas palabras pronunciadas por la figura alegórica Cupido. Dice ella: «allá en el idioma griego/ *Psiquis*, cuidado de amor/ quiere decir...». Es posible admitir que el maestro español hiciera esta interpretación al ser consciente de las múltiples significaciones de la palabra griega ψυχη. Pensemos tan sólo en el hecho de que el término griego contiene los diferentes matices de las palabras españolas «sensibilidad», «corazón», «ánimo», «afección» y «anhelo». Creemos que «cuidado de amor» corresponde probablemente a la acepción de «sensibilidad».

Desde los tiempos de su juventud, Calderón, familiarizado con la lengua litúrgica de la Iglesia Católica, reflexionó, sin duda, muchas veces sobre los tér-

minos griegos empleados en las solemnidades religiosas. Para probar esta afirmación, queremos citar tan sólo el auto *Los misterios de la misa*. La figura alegórica La Sabiduría interpreta la forma plural «los kiries» diciendo que se trata de súplicas dirigidas a Dios. Leemos: «...si del griego las paso/ al idioma nuestro, piden/ misericordia.../» Aquí sólo podemos suponer que Calderón es consciente de que la petición de misericordia se encuentra en el imperativo del verbo «ἐλεειν». Sin embargo, siguiendo el uso lingüístico común de la abreviación española hace referencia a toda esta oración utilizando únicamente la primera palabra o κυριος.

Continuando cronológicamente, descubrimos el importante auto titulado *El laberinto del mundo*. Oigamos primero el texto español, difícilmente comprensible a primera vista. Pero queremos señalar, antes de citar las palabras en cuestión, que el lingüista Calderón se sirve muchas veces del término «seña» para designar un vocablo. Para interpretar el sentido del nombre «Fedra», la persona alegórica La Verdad dice a su antagonista La Mentira: «...pues son sus señas [sc. de la Verdad]/ ser clara, pura e ilustre/ y esto significa, Fedra,/ en la griega frase.../». Para poder comprender la significación de las palabras citadas, es necesario hacer referencia a la base mitológica griega en que se apoyan. Minos, figura que representa al mundo, tiene dos hijas, Ariadna y Fedra (Φαιδρα). Ariadna simboliza la mentira, «Φαιδρα» simboliza la verdad. Por consiguiente, la persona alegórica La Verdad puede decir que su nombre es idéntico al nombre de Fedra. Hagamos hincapié en el hecho de que Calderón emplea explícitamente la expresión «significar en la griega frase». Sin duda alguna es lícito admitir la hipótesis de que el maestro del Siglo de Oro sabía que Φαιδρα equivale a «la mujer que resplandece». De no ser así, no hubiera incluido la caracterización «clara, pura e ilustre». No sería descabellado tampoco afirmar que el autor del auto *El laberinto del mundo* conociera el grupo etimológico γαινω, γαιος, γαιδος. Es probable que algunos lectores del texto calderoniano se hagan la pregunta siguiente: ¿No es más bien aconsejable pensar en los escritos de Virgilio, Ovidio, Higino como bases del texto del artista español? Hay tan sólo una respuesta: Ni Virgilio (en su *Enéida*) ni Ovidio (en su *Ars Amandi*) mencionan el resplandor de Fedra. Higino escribe sólo una frase que no contribuye a resolver el problema: «Hyppolytum Phaedra amavit».

Calderón no interpreta siempre la base griega del nombre en cuestión de una manera tan clara como en *El laberinto del mundo*. Al principio de nuestro estudio hemos dicho que aquí no es posible hacer referencias generales a la cultura griega. Sin embargo, debemos hacer alguna excepción para hacer más comprensible el horizonte intelectual y espiritual de Calderón. En el auto sacramental *El socorro general*, la figura alegórica El Bautismo dice a La Iglesia que hay «gente de Felipe» y «gente de Matías», y que la primera es de procedencia griega, la segunda de procedencia asiática. Se ve inmediatamente que, mencionando el nombre de Felipe (incluido en varios autos), Calderón quiso referirse nueva-

mente al griego. Felipe y Andrés fueron los únicos apóstoles que tuvieron nombre griego. Felipe predicó el Evangelio en Frigia y Escitia. Sufrió el martirio en Hierópolis.

El auto sacramental *A Dios por razón de estado* contiene una serie de interpretaciones etimológicas interesantes. Ingenio dice: «siendo Philos el Amor,/ y Sophia la Ciencia, puedo/ decir que Philosophia/ es la dama que más quiero». Por cierto, podemos objetar a esta interpretación que Calderón incluye en su verso el adjetivo φιλος» en vez del sustantivo φιλια. Es probable que el artista Calderón haya escogido φιλος por razones de métrica. En el mismo auto encontramos otra vez una explicación de un nombre, como ocurre tan frecuentemente en la obra calderoniana. En este caso no se trata, sin embargo, de un análisis etimológico del nombre, sino de una referencia cultural con la que define la función de un dios griego. Enumerando los dioses de la Antigüedad, la figura alegórica La Gentilidad dice: «Apolo es el dios del fuego». No descubrimos en el texto calderoniano un adjetivo español equivalente a πελιος, πολιος. Y, sin embargo, el método lingüístico es el preferido por Calderón. Así, la figura alegórica El Ingenio dice a La Gentilidad: «el Ingenio soy humano,/ cuyo nombre compusieron/ de tres etimologías/ tres idiomas, pues el griego/ dice que el Ingenio es/ extensión de entendimiento». Aquí abordaremos tan sólo la última de estas etimologías. No cabe duda que Calderón escribió los versos citados por haberse acordado del término φυσικς («genio», «talento») y quizás de los verbos correspondientes φρω, φρεσθαι («crecer», «ser engendrado»). En el auto sacramental ahora en cuestión y tan rico en reminiscencias griegas topamos también con una expresión latina donde normalmente esperaríamos encontrar una relación directa con la versión griega original. El Ingenio habla a su interlocutor El Pensamiento de «...un templo/ que en sus entrañas construye/ la gentilidad de aquestos/ ingeniosos moradores/ de la Grecia». Calderón, que tampoco en este caso deja de mostrar su admiración por los griegos, se acordó de unas palabras de los Hechos de los Apóstoles que citan una frase de San Pablo: «El original griego es el siguiente: ευρον και βωμον εν ω επεγεγραπτο εξαγνωστω θεω. El maestro español no pone en boca del Ingenio la expresión griega, sino la expresión latina más conocida: «Ignoto Deo». Es, sin embargo, lícito creer que Calderón conociera el texto griego de los Hechos de los Apóstoles. Por consideración a los oyentes y a los lectores prefirió en el discurso del Ingenio la fórmula latina. De todas formas, el texto que acabamos de analizar pone también de relieve la predilección del autor español por la cultura griega. Calderón hace referencia al griego por última vez en este auto (*A Dios por Razón de Estado*) al explicar el nombre de Dionisio Areopagita (de principios del siglo VI, autor frecuentemente citado por él. El Ingenio, personaje inventado por el artista español, dice: «y así, de Pago, que es/ posesión o heredamiento/ y de Ares, que es Marte, tomo/ el sobrenombre, añadiendo...» En este caso, los calderonistas tenemos que vencer una serie de dificultades. Para cualquier persona un poco fami-

liarizada con la Antigüedad, la primera parte del nombre («*Areopagita*») es fácilmente comprensible. «*Ares*» (Ἄρης) es la designación del dios griego de la guerra, llamado en la lengua latina «*Marte*». Cicerón, en su carta *Ad Atticum* (1,14,5) hace exclusivamente una referencia a «*Areios pagos*», sin más especificaciones. Así pues, «*posesión*» y «*heredamiento*», las traducciones aducidas por el autor español, no son nada fáciles de comprender, pues el significado de παγος es «*monte*», «*montaña*» o bien metafóricamente «*cabo de roca*». Solamente una relación metonímica con su poseedor serviría para explicarnos esta traducción calderoniana.

En el auto *La protestación de la fe* Calderón hace referencias muy intencionadas a la lengua griega. Su manera de proceder llama especialmente la atención, sobre todo si tenemos en cuenta que su correspondiente latino hubiera contestado al oyente y al lector. Dice La Sabiduría, es decir Calderón: «...es la *Alfa en frase griega/ significación de Dios/ pues Dios es Alfa y Omega/*». La versión latina del Apocalipsis reza: «Ego sum Alpha et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus.» (Prudencio repite en su *Cathemerinon*: «alpha et omega cognominatus/Christus/»). La versión griega del Apocalipsis reza: Ἐγὼ εἰμι τὸ ἀλφά και τὸ ω, λεγει κυρος. El hecho de que la versión española de «*Alfa*» esté escrita con «*f*» no induce necesariamente a la conclusión de que el texto referencial sea el griego, donde la «*103*» (de ἀλφα se acerca más a la grafía simple que la «*ph*» latina (de «*Alpha*»). Las palabras de Calderón «en frase griega» son aquí decisivas para la referencia a la lengua de Tucídides. Hay otro pasaje en el auto sacramental *La protestación de la fe* donde se puede reconocer más claramente el esfuerzo tenaz de Calderón para hacer comprender los términos griegos. Una persona alegórica, inventada por Calderón, La Herejía, explica su función con las palabras siguientes: «¿Qué mucho, si soy a quien/ la heresis que el griego explica/ contrariedad de opiniones/ le dió el nombre de Herejía». En primer lugar hay que notar que Calderón no utiliza la versión española de la palabra, es decir «*herejía*»; se sirve más bien de la forma latina (*haeresis, heresis*). La semejanza evidente de la palabra latina con la palabra griega αρεις y sobre todo la frase «el griego explica» permiten la hipótesis del conocimiento del étimo griego. Preguntémosnos ahora por la interpretación del significado αρεις designa la doctrina que se aparta del magisterio legítimo. El sustantivo «*αρεις*» se deriva del verbo ξιζεω que significa «*elegir*». La explicación calderoniana reproduce el sentido de la palabra griega de manera satisfactoria, si no perdemos de vista el conjunto de los acontecimientos presentados en el auto.

En el auto sacramental *El maestrazgo del toisón* (escrito después del auto *El Nuevo Palacio del Retiro*) encontramos nuevamente la interpretación calderoniana del nombre de Felipe: «El nombre *Phelippe* sea,/ que es (como al griego construyas) domador de incultas fieras». No es posible rastrear las huellas del maestro español en su marcha hacia la etimología citada. Las palabras «como el griego construyas» evidencian que Calderón tenía presente un étimo griego del

que nosotros hoy día sólo podemos hacer conjeturas, ya que para «domador» disponemos en griego exclusivamente de los términos *ιποδομας ιποδομους*».

El auto *El diablo mudo* ofrece al calderonista moderno enormes dificultades. Dice la figura alegórica El Demonio: «y más si el pan interpreto/ gracia y viéndole aumentado acudo al idioma griego/ adonde la Eucaristía es decir de Gracia aumento» Calderón acude al idioma griego para explicar el pan eucarístico con el sintagma «de gracia aumento». Si tenemos en cuenta que el término *χαρις* significa «gracia», no es difícil establecer la relación entre «eucaristía» y «gracia». Calderón, sin embargo, cree aparentemente en la equivalencia «eucaristía»-«aumento de gracia». Si queremos explicarnos esta ecuación, es probablemente necesario ir más lejos. Es posible que el maestro del Siglo de Oro haya recordado la antifona latina *O sacrum convivium* que contiene las palabras «mens impletur gratia», y, como además la traducción española de «*εω*» («bien») se utiliza muy a menudo en el lenguaje corriente en el sentido de «más»/«muy», no sorprende que al maestro del Siglo de Oro se le haya ocurrido la versión «de Gracia aumento». Sea como fuere, hay que volver a llamar la atención sobre el hecho de que Calderón aquí también hace referencia *expressis verbis* a la lengua griega («acudo al idioma griego»).

leyendo el auto *El primer refugio del hombre* parece más fácil demostrar la referencia calderoniana al texto griego. El autor del drama religioso en cuestión dice que «la Probática» es «voz, que en griego traducida/ del Bethsaida Hebreo, Puerta/ de Ganados significa». Por lo tanto no es improbable que Calderón haya realmente pensado en el texto griego del Evangelio de San Juan y en su término *το προβατον*. Leemos en el pasaje citado *επι τη προβατικη*. Por lo que atañe a una posible reminiscencia latina, no debemos ocultar que el texto de la Vulgata reza «super probatica piscina».

Ya el título del auto *El divino Orfeo* permite vislumbrar que un análisis del texto nos conducirá frecuentemente a la lengua y la cultura griegas. La figura alegórica Leteo (al mismo tiempo «río» y «barquero») se dirige al Príncipe de las Tinieblas diciendo: «De mi fia, que no en vano/ a mi amarillez adusta/ el griego idioma Aquironte/ que es decir fría, caduca,/ vieja, yerta, pálida imagen./ hará que el Hombre traduzca». Otra vez el etimólogo Calderón se muestra orgulloso de sus conocimientos de la lengua griega. Se trata de la explicación del nombre *Ἐληφών*, designación clásica para el que Calderón llama «Leteo», tanto río como barquero. El autor español del Siglo de Oro se esfuerza por explicar el sentido oculto de este nombre enumerando cinco adjetivos españoles. Si nos remontamos a la explicación de Homero en su *Ilíada*, podemos hacernos una idea de la manera de proceder calderoniana. En la *Ilíada*, Aqueronte es el río del gemido, de la lamentación profunda. Podemos imaginarnos sin dificultad que el gemido es una propiedad característica de un ser caduco o viejo. En el caso de que no admitamos una reminiscencia a un autor griego, podemos pensar

en la *Enéida*. Por cierto, es lícito admitir cualquier hipótesis que sea en cierta medida plausible. De todas formas, la expresión «el griego idioma» es muy típica de Calderón. Otra referencia a la cultura griega completamente diferente en el mismo auto la constituye el discurso bastante largo de la figura alegórica El Placer, dirigido al Príncipe de las Tinieblas. El Placer caracteriza a las personas que intentan comprender el nombre de Eurídice y no llegan a un resultado satisfactorio, diciendo: «...están, aunque en griego/ les hablo, la boca abierta!» A los oyentes y lectores de la pieza calderoniana no se les oculta un cierto envanecimiento del artista debido a su conocimiento del griego, al concebir la figura El Placer. No nos atrevemos, sin embargo, a afirmar que Calderón conociera la significación exacta del nombre griego. Este nombre —se trata de la esposa de Orfeo— se compone de la palabra ευρυχορος («espacioso» y de la palabra δικαζειν («juzgar»). Significa, por consiguiente, la persona que juzga lo próximo y lo lejano. Calderón vuelve a hablar de Eurídice más tarde en el mismo auto al ser ésta perseguida por Aristeo (siguiendo el modelo de la mitología griega). El Príncipe de las Tinieblas se identifica en este caso con el perseguidor, diciendo: «he de ser yo el Aristeo/ que esta Hermosura pervierta,/ no sin Etimología/ también; ¿de Antiteos la letra/ *contra Dios* no se traduce?». Aunque sea necesario hacer constar en este caso un error al identificar Aristeo con Antiteos, el autor español descubrió sin dificultad la etimología correcta del último nombre. Muchas palabras griegas —pensemos tan sólo en αντιαξις— contienen el prefijo «contra» (αντι-). Por esta razón, Calderón dice que «Antiteos» significa «contra Dios».

En el auto *El verdadero dios Pan*, la figura alegórica divina trazada por Calderón explica el nombre del dios pagano. El dios Pan dice: «sin que del griego me valga/ en que es *omne* el pan, y el *omne*/ es todo...». En estos versos calderonianos la forma neutra griega παν (que la gramática contrapone a la forma masculina πας y a la forma femenina πασα) equivale a la forma neutra latina *omne*. Según parece, la identificación de estas dos formas neutras permite suponer que Calderón sabía la gramática griega. En el auto *El verdadero dios Pan*, el autor pone la gramática al servicio de su explicación de una figura dramática. La interpretación etimológica por las formas παν y *omne* es fácilmente comprensible, ya que en Ja Antigüedad, Pan no fue tan sólo el Dios de los pastores sino también la personificación de la Naturaleza entera.

Calderón muestra su simpatía por el griego en su obra *El jardín de Falerina* de una manera muy especial. La figura alegórica La Gracia explica al Hombre las palabras que se encuentran sobre la cabeza de Cristo crucificado: «en tres letras hablan/ griega, latina y hebreas». San Juan menciona en su Evangelio primero la lengua hebrea, después la latina (romana) y en tercer lugar la griega (helénica): και ην γεγραμμενον εβραϊστι ρωμαιοστι ελληνιστι. En el texto calderoniano, el griego se halla en situación privilegiada.

Bajo la perspectiva escogida en nuestro estudio, el auto sacramental *Andró-*

meda y Perseo exige una interpretación más detallada. En el discurso dirigido a Andrómeda, la figura alegórica La Ciencia pone de manifiesto su sabiduría enriqueciendo sus palabras con elementos griegos. En primer lugar dice que Andrómeda significa «hija de la tierra». Al referirse más directamente a la etimología, la Ciencia cree que es posible encontrar una explicación de la persona y del nombre dirigiendo la mirada hacia el griego: «anteví en San Isidoro/ que el bello esplendor del oro,/ que en tus rizos se corona,/ *Andromedas* en el griego/ idioma, quiere decir,». Ningún otro texto calderoniano prueba más claramente la peculiaridad del autor de los autos para referirse a la lengua griega. En la obra etimológica de Isidoro la sección titulada «De aureis» reza: «Androdama(s) argenti nitorem habet et pene adamans, quadrata semper tesseris». En el caso de que Calderón haya consultado el texto isidoriano, evidentemente es necesario llamar la atención sobre el título «De aureis» aunque «Androdama(s)» no sea de oro, sino que tenga tan sólo «argenti nitorem». De todas formas, hay que decir que Isidoro no habla de la lengua griega. Sin embargo, debemos subrayar que la palabra «adamans» remite a un término griego usado para designar el acero y el diamante (ἀδάμας). Calderón llama nuevamente, si bien de forma indirecta, la atención a la lengua griega al citar al autor del *Tesoro de la Lengua Griega*, Henricus Stephanus. Según la explicación del autor francés, citada por Calderón, Andrómeda quiere decir «florida edad». Añade el maestro español la interpretación del etimólogo francés sobre el nombre de «Androdeas». «Androdeas» significa (dice Calderón) «deidad», «estatua», «simulacro». Todas las connotaciones de los términos mencionados caracterizan a la hermosa mujer en cuestión. Al final del relato, la Ciencia resume los significados posibles de Andrómeda: «...todos estos sentidos/ que en sí el griego idioma trae/»; añadiendo a las denominaciones ya citadas por ella («Andromedas» y «Androdeas»), la tercera «Androdaes». Es natural que el análisis calderoniano ofrecido por La Ciencia sea confuso y desconcertante, pero nos permite reconocer claramente que Calderón atribuye una gran importancia al origen griego del nombre de Andrómeda.

En uno de sus últimos autos (*Amar y ser amado y divina Philothea*), Calderón se revela nuevamente como un artista que desea poner de relieve su predilección por la lengua griega y, en general, la etimología. La figura alegórica La Apostasía dice: «...Apostasía que en griego/ idioma es “mover cuestiones”». La propiedad mencionada en esta frase («mover cuestiones») puede explicarse de dos maneras. Es posible que el autor español se haya acordado de la palabra clásica ἀποστασία, también empleada en la tradición cristiana (por ejemplo en Ireneo). En ambos casos la idea de la «insurrección» constituye la base de la significación, y entronca con la postura crítica de «mover cuestiones». También el título mismo del auto (*La Divina Philotea*) muestra la predilección del autor por transcripciones de nombres griegos. Por esta razón pone en boca de la figura alegórica El Príncipe de las Tinieblas las palabras siguientes: «Filotea, que

(de “Theos”,/ que es “deidad”, y “Philos”, que es/ “Amor, deidad del amor”)/ sin violencia da a entender (en lo “Philos”, la hermosura/ y en lo “Theos” el poder),/ que alma en gracia significa cuyo nombre había de ser/ para con nosotros puesto». Poniendo aquí también en práctica la costumbre (analizada por nosotros en un estudio especial) de sustantivar mediante el artículo «lo», el maestro español entreteje dos palabras griegas. «Theos» se equipara, como en la lengua griega clásica, a «deidad». En cuanto a «Philos», Calderón no propone el término equivalente en español «amigo», sino que siguiendo la semántica griega, prefiere la traducción de «amor». Esta precisión en el uso de la lengua griega permite al autor de la pieza llegar a una interpretación más teológica del auto, llegando así «sin violencia» al binomio indicado en el título del auto *Amar y ser amado*. Considerando la hermosura del alma llevada a cabo por la gracia, Philothea es (según Calderón) el alma amada por Dios.

Como conclusión podemos señalar que las breves referencias etimológicas hechas en el presente estudio hacen entrever la necesidad de abordar el tema «Calderón y la Cultura Griega» de una forma más exhaustiva. Aquí puedo ya adelantar que estos estudios más amplios a los que me refiero están dando resultados sorprendentes. En primer lugar hay que señalar que las referencias al griego se extienden —como hemos visto al analizar los autos en un orden cronológico— a todas las épocas de su obra literaria. Es cierto que no nos es posible saber con seguridad de qué fuentes concretas se sirvió Calderón. De todas formas hay que poner de relieve que nuestro autor no disponía de bibliotecas privadas o públicas como las que conocemos hoy. De ahí el valor de sus referencias y explicaciones etimológicas, si bien nos podemos explicar también así muchas de sus imprecisiones y, a veces, errores, a los que, sin duda, contribuyó también la libertad poética o necesidades métricas. Frente a esto, a veces sorprende la precisión científica de la que Calderón hace alarde al decir expresamente no pocas veces, que está traduciendo directamente del griego.

En definitiva, estos y muchos más nombres griegos, así como las 34 veces en que aparecen las palabras «griego» y «Grecia» en los autos sacramentales, hacen ver claramente la necesidad y la urgencia de dedicar estudios especializados a dilucidar esta faceta tan interesante de la obra calderoniana.